

VIAJE AL CORAZÓN DE LA ESCRITURA APUNTES PARA EXPLORAR LA RELACIÓN ENTRE EL SENTIMIENTO Y EL VERBO

GUSTAVO GAC-ARTIGAS¹

Hace años, en París, sobre un escenario, desnudo, cara al público, crucificado en una cruz inexistente, equilibrándome sobre una tarima negra, respondí a preguntas nunca hechas, aquellas que imaginé me harían mis torturadores.

Como hombre de teatro, había preparado las respuestas con una cierta vanidad; inmerso en el miedo había preparado el tono, incluso el movimiento de las manos, el que imaginé suelto, aireado, elegante, sutil, todo ello sin contar con que los actores que conducían la escena me atarían las manos, me vendarían los ojos y con ello le quitarían toda belleza al acto, y a mí –actor con ego actoral– la posibilidad de observar las reacciones de mi público.

Intentando boicotear aún más el desarrollo de la historia tal cual la imaginara, no me preguntaron nada de lo que imaginé. ¡Nada!; se acercaron, pero se acercaron sin saberlo, y yo que combato la ignorancia, preferí dejarlos en las tinieblas.

Me jugaron la única carta que no esperaba, el horror, y yo con el teatro de la crueldad no me meto.

¹ Escritor y director de teatro chileno, miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE) y colaborador de artículos de opinión para *Tribuna Abierta*, *Agencia EFE*, *Revista Digital ViceVersa* y *Le Monde Diplomatique*, edición chilena. Su más reciente novela: *Y todos éramos actores, un siglo de luz y sombra* fue traducida al inglés bajo el título *And All of Us Were Actors, A Century of Light and Shadow* por A. G. Labinger.

Tardé cinco años en dar las respuestas, ¡cinco años! Durante ese tiempo retrabajé el desarrollo de la escena: decidí sacarlos del escenario y darles vida solo en la mente del espectador. Solitario frente a mi audiencia, sin una cortina que me protegiera, a la luz del público, sometido al juicio de mi público, parado en el centro del Ágora, respondí a preguntas suspendidas en el tiempo, preguntas que se desvanecían en la memoria, respuestas que desaparecerían al apagarse las luces tras el último aplauso.

Y si relato esta parte de mi vida es porque hace algún tiempo un amigo, miembro de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, Carlos E. Paldao, me sugirió una entrevista con alguien que conociera mi trayectoria personal, humana, creadora, existencial, artística, y a la distancia, me tocó conversar en sueños con lejanos amigos, con algunos desaparecidos de la historia —la otra— no de la mía.

En las mañanas, al igual que lo hago para escribir, plasmaba en el papel sus preguntas, sus anécdotas, los bellos momentos, los malos momentos, los amores desaparecidos o magnificados, nuestras mezquindades o nuestra generosidad al compartir un huevo duro en una cárcel o en el cuarto de un escritor o al borde del mar, o al prestar una camisa para que el cuerpo adolorido de un prisionero pudiera descansar, o al poseer una página para que un recuerdo inexistente no se desvanezca.

Así habló el primer sueño:

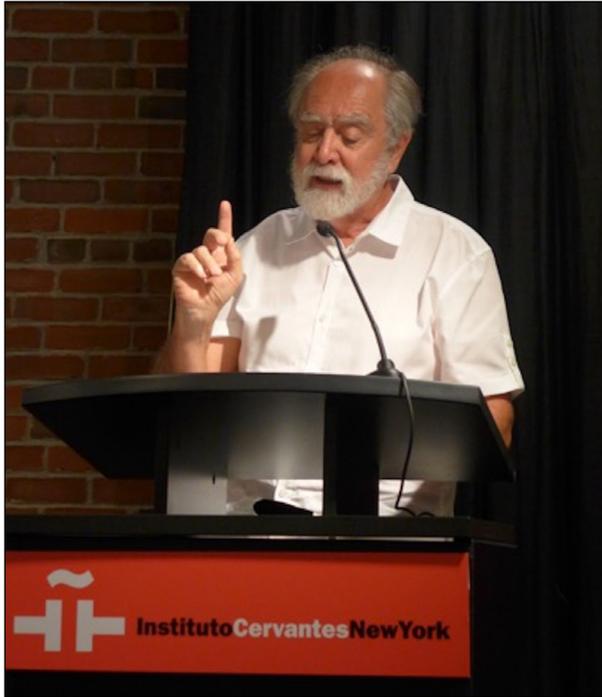
Sucedió una vez, en Fort Worth, Texas, en un bar cuyos asientos eran monturas de cowboys, un encuentro entre dos amigos que se habían saludado por última vez en los prados de la Universidad Austral en Valdivia, Chile, algo así como cuarenta años atrás. Uno de ellos, el anfitrión Arturo Flores, era profesor de literatura en la Texas Christian University; para facilitar la memorización de su nombre diré que le llamábamos el Tuli. Al otro, quien firma este escrito, le llamaban el Gato y se encontraba allí a invitación del departamento de teatro de la universidad para dirigir una obra.

En medio de la conversación, el Tuli preguntó:

—Gato, ¿qué te llevó a la escritura?

Y el Gato respondió:

—La soledad Tuli, la soledad frente a la inmensidad.



Gustavo Gac-Artigas ofreciendo una conferencia en el Instituto Cervantes, Nueva York, 2016. (Foto: cortesía del autor)

Cuando pequeño viví en Temuco –la Frontera– frontera entre dos civilizaciones, dos universos, dos formas de ver el mundo. Por un lado, la civilización de la época en Chile –una sociedad centralizada en la capital donde se podía acceder a lo moderno– y Temuco, el comienzo de los interminables bosques del Sur, el comienzo de un nuevo mundo para mí, salvaje, misterioso, subyugante.

Y la naturaleza marca, te penetra la piel, te humedece el pensamiento, te hace tiritar de frío o desvanecerte de calor, te cierra el paso, y al hacerlo, despierta tu curiosidad y te da la fuerza necesaria para romper las invisibles lianas que te impiden avanzar hacia un nuevo camino.

Tal como digo en *Fragments*, Fojas 0, donde explico algunas cosas: todo comenzó, diría yo, allá, atrás, muy lejos, en Temuco, cuando aún era una pequeña ciudad al borde de los bosques salvajes, en un segundo piso, en el departamento de mis padres donde por las

pequeñas ventanas se veía, por un lado, la fila de mapuches haciendo cola para comprar un paquetito de yerba mate, o en los días de lluvia, por el otro lado, se podía observar los techos de hojalata perdiéndose en el horizonte, techos que cubrían el mercado central de Temuco y la panadería de Gundo Mauriz: La Española. Y durante las largas noches de intensa lluvia el sonido de las gotas golpeando sobre los techos de metal creaban una hermosa sinfonía en la que me perdía.

Todo comenzó, decía, en Temuco aquella lejana y salvaje región de Chile cuando en el cerro Ñielol me agarraba de una liana y me balanceaba sobre el abismo, no el abismo exactamente, pero me balanceaba sobre los coligües y me soñaba Tarzán.

O me perdía por el camino de Agua Santa para subir hasta lo más arriba, lo más alto, la cima de la cordillera, y conversando con las estrellas me veía viajando con Julio Verne a la luna, o bajaba a la base del cerro y en una gruta me perdía en un viaje al centro de la tierra.

O comenzó por allá lejos, en las playas de Queule o de Maullín, adonde al primer tramo se llegaba en auto, al segundo en carreta tirada por parsimoniosos bueyes, hasta los Boldos y al tercero nos iban a buscar los pescadores en una de sus lanchas no sin antes haber pasado tres días en un granero donde una cabrita, salvaje y mágica, Fanny, se trepaba juguetona sobre los sacos de trigo. Fanny, Esmeralda, ya la había conocido; la que en el puerto de los Boldos, sonriendo, me leía mi destino junto al jorobado de Notre Dame.

Todo comenzó antes de que siquiera hubiera pensado que iba a escribir, cuando viajaba en la proa de la lancha que nos llevaba de Los Boldos a Queule y mojado por las gotas de las olas que salpicaban mi rostro me transformaba en Sandokán, esperando divisar en el horizonte a la Bella entre las Bellas, aquella que encontraría más tarde en París cuando en un mes de septiembre me encontré con el amor.

—¿En qué momento cambias de escenario? —me preguntó Tuli.

—A Neruda lo marcó Temuco, la vegetación, el caudal torrencioso del río Cautín al borde del cual se deslizaba el tren lastrero que conducía su padre llevando una humilde carga de ripio, piedra molida que se esparcía sobre los caminos, frágil piedra molida que, perdida su fuerza, libraba una inútil y titánica batalla para impedir que los caminos se borrarán bajo los pies del caminante como si quisieran mantener al poeta en su vientre e impedirle que viajara; escuálido

cuerpo, capa negra y sombrero alón respondiendo al mágico e irresistible llamado de la capital.

Yo, yo abandoné Temuco de pantalones cortos, escuálido cuerpo, las rodillas peladas tras caerme al dar los primeros tropezones de mi vida, y la cabeza llena de pajaritos, rumbo a Rancagua, en la zona central del país, donde mi padre, periodista, empleado público, eterno perdedor en las lides de la política fue enviado en castigo, su cabeza llena de ilusiones y risibles inventos: un automóvil a pedales, para que la patrona y la empleada fueran juntas a hacer las compras a la feria, para que juntas pedalearan y se mantuvieran en forma, para hacer menos lejana, gracias al esfuerzo común, la diferencia de clase en un país con una rígida estructura social vertical como lo es Chile.

O el diseño y fabricación de bloques de autoconstrucción con piedra volcánica, aquella que no pesaba, por lo que albergaba el aliento de los volcanes del sur de Chile en sus entrañas; bloques que solucionarían el problema habitacional de los operarios de su imprenta, donde en viejas prensas importadas de Inglaterra imprimía *El Noticiero*, diario mural de una página que se colgaba en los muros de los comerciantes de Rancagua para que la gente se detuviera, leyera gratis las noticias y se informara. O su proyecto de un diario que se llamaría *Buenos días*, para que el señor que lo comprara saludara con cortesía al palomilla que se lo extendía, y mi padre el eterno pedagogo lo ilustraba con el diálogo que el lector ya imagina:

—Buenos días —pedirá el caballero.

—Buenos días —responderá el canillita extendiendo el diario.

Y el día se abría en la mente de mi padre más allá de una efímera noticia, imaginando una sociedad en la cual todo el mundo se saludaría, al menos con cortesía, se saludaría.

En la escuela secundaria en Rancagua, tuve la suerte de tener dos profesores de literatura que me ayudaron a encausar mis sueños y a plasmarlos en el papel.

Uno de ellos fue Martín Panero, un hermano marista, español, amigo de Camilo José Cela, como le gustaba señalar cuando nos entregaba *La colmena* para alimentar nuestras juveniles mentes y permitirnos comprender el porqué de la tristeza que a veces cruzaba sus ojos y acentuaba aún más su acento español. Adelantado a su tiempo, nos preparaba sin que lo supiéramos para que sorteáramos el horror de la guerra, aún más cruel cuando se matan entre hermanos. Miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua, un enamorado de la

literatura, apodado cariñosamente el Palta, quizás por la generosidad de ese verde fruto que alimentando produce un placer indescriptible y eleva el espíritu cuando se consume esparcido sobre una generosa marraqueta caliente a la hora en que se corren las cortinas para dejar entrar la luz.

Fue él quien me enseñó a avanzar en la maraña de un buen libro, aquel difícil de leer, aquel no lineal, aquel que representaba un desafío y que despertaba mi mente al igual que un primer amor de estudiante despertara mi corazón.

El segundo, de cuyo nombre no quiero acordarme, terminó en un manicomio, entre otras cosas porque durante todo el último año de la escuela secundaria no siguió el estricto y pesado currículo impuesto por el Estado y solamente nos hizo leer *El Quijote*. ¡Qué hermoso regalo, un año leyendo *El Quijote*!

Con ello me dio la locura necesaria para amar la escritura y al mismo tiempo me enseñó a caminar por este mundo,

este mundo,
el tuyo Tuli,
este mundo,
el mío, amigo.

Dicho esto, nos tomamos una última cerveza y nuestros caminos se separaron al igual que sucediera 40 años antes, no sin que el Tuli, al alejarse, me dejara caer:

—Gato ¿te acuerdas de los recitales de poesía?

No respondí. Hoy, quince años más tarde, te respondo amigo:

—Claro que me acuerdo, si fueron los versos los que pulieron mi escritura y suavizaron mi mirada.

Fue la voz rebelde y apasionada de Yevgeny Yevtushenko la que me hizo entender que el idioma debe rebelarse contra las barreras, contra los comisarios, contra las rígidas reglas, si es que quiere ser universal y sobrevivir en el tiempo.

Era una época en que los versos de Floridor Pérez “si somos descomedidos y chascones y bailamos hasta las tres, cuatro, cinco de la mañana...” nos remecían e hicieron que Carlos Flores dejara inconclusa la carrera de veterinaria de la cual cursaba su último año y abandonara la universidad para irse a Santiago a hacer cine para plasmar el verso en el celuloide.

Los versos de Floridor fueron la espina dorsal de su primer documental.

Era una época en que Gonzalo Rojas, durante los festivales de poesía en Valdivia, subía al escenario cual un Papa rodeado de la admiración de otrora aún más jóvenes poetas. Al mismo tiempo, otro Gonzalo, Gonzalo Arango allá lejos, en Medellín, en un acto sacrílego prendía fuego a los libros de escritores consagrados para mostrar que el Nadaísmo rompía con el pasado y el verso desacralizaba y se abría al futuro.

O que Omar Lara hacía languidecer a las estudiantes con sus versos románticos de poeta incomprendido, casi escritor maldito.

O que los Tzánzicos, los reducidos de cabeza en Ecuador, apuntaban con sus cerbatanas, Pucunas, al corazón del estudiantado para que el verso penetrara a la sangre y a la mente.

Era una época en que hasta el prostíbulo más popular entre nosotros –por lo que ofrecía tarifa de estudiante– el de la Tía Marina, durante los festivales abría sus puertas a la poesía y la cerraba a los deseos carnales para transformarse en refugio y templo del saber y de amor a la poesía. Las pupilas esas noches cerraban pudorosamente las piernas y abrían sus corazones al penetrante verso mientras la Tía traía generosas poncheras, regalo de la casa, puesto que nadie tenía un centavo en sus bolsillos.

Al amanecer, en un ritual que provenía de la época de las cavernas, se escribía un verso en los muros, y verso tras verso se iba configurando un poema, un poema sin firma, un poema homenaje al amor. Un poema que derramaba bálsamo sobre las heridas causadas por las largas y húmedas noches valdivianas en que en hediondos colchones se simulaba el placer y el amor, amor que se escurría en puntas de pies, avergonzado, esquivando agujereadas medias colgando en un cordel, hediondas toallas, vasos a medio llenar, vasos a medio vaciar y unos arrugados billetes que en vano intentaron comprar un te quiero, un fingido orgasmo o un simulacro de caricia.

Así habló el segundo sueño:

Caminando por los jardines de la TCU rumbo a la sala de ensayos, tomé la curva equivocada y me encontré paseando por última vez por los jardines de la universidad Austral de Chile y comenzando

a recorrer los caminos de Latinoamérica en busca de los míos para que me ayudaran a encontrarme.

En la misma época, viajando por otros senderos, pero por los mismos países, un escultor, Francisco Gazitúa, hoy premio nacional de arte en Chile, con quien fuéramos profesores en la Casa de la cultura de El Teniente durante el gobierno de Allende, viajaba por la cordillera en busca del corazón de la piedra.

Difícil tarea la de Pancho.

Yo, en brazos del Correo de la Poesía, viajaba por Latinoamérica en busca del corazón de mi gente, del verso que me abriría el paso al corazón de mi gente.

Titánica tarea, me diría Pancho en nuestras conversaciones en la cárcel de Rancagua, nuestra catedral.

Cuarenta años más tarde –y para mí la línea del tiempo siempre ha sido un misterio, y más que una línea una espiral– me preguntó:

—¿Cómo es posible que un mismo camino, un mismo carcelazo, un mismo interrogador se recuerde de forma tan distinta?

Quizás, querido Pancho, sea porque en los caminos de la creación cada uno de nosotros, aún sin quererlo, es un pequeño dios y crea los recuerdos a su imagen y semejanza; o quizás sea porque es más fácil curar las heridas de la piedra, encontrar el corazón de la cordillera, y yo al igual que los tres dioses de *El alma buena de Se-Chuan* en la obra de Bertolt Brecht continúo buscando un hombre justo.

Quizás mi problema es que desde mi infancia tengo una mirada circular y quiero abarcar el mundo y no veo a quien está a mi lado o en mi interior.

No se lo recomiendo a nadie, dije sincerándome; te puede llevar a tomar la ruta equivocada, la de los otros, no la tuya, la desconocida que te llama cual sirena llamando a Ulises.

Pancho salió libre antes que yo. Al salir lo abracé y le dije:

—Nos vemos pronto.

Casi cincuenta años más tarde nos reencontramos en la escritura.

Cuando me llegó mi turno de salir, Moraga, un miembro de la comisión política del Partido Comunista de Chile, me dijo:

—No te olvides de mi historia, no te olvides de nosotros, es más fácil que un intelectual sobreviva el horror. Yo, yo en cambio, no sé si saldré vivo.

Me sentí mal.

Salió, cinco años más tarde pasó por París y en ese paso preguntó:

—¿Gustavo escribió sobre nosotros?

—Sí —fue la respuesta que le dieron, y se fue sonriendo, eso me cuentan; yo no lo volví a ver.

Nuestros caminos tomaron diferente rumbo, Moraga, el duro camino de dirigente sindical, ofreciendo nuevamente su pecho como escudo a su clase sabiendo que el obrero tiene menos posibilidades de sobrevivir que el intelectual.

Yo, el camino de los festivales de teatro, llevando la palabra a escena, dando vida a mis personajes, los míos y los de otros, aquellos que pasan a ser míos, del director, del actor y luego del espectador sabiendo que no sobrevivirán más allá de una función puesto que para morir han nacido.

Así habló el tercer sueño:

Años más tarde, en Georgia, o para ser preciso, en Carrollton, Georgia, sumergido en lo más profundo del profundo sur de los Estados Unidos saqué fuerzas de los bosques, de la tierra, del leñador, desenterré el hacha del director y por primera vez osé dirigirme a una clase y hablar de teatro; ello a pedido de Joseph Tyler, profesor y poeta, quien me pidió lo reemplazara en una clase.

—Ven a hablar a mi clase —me pidió.

—Sobre qué —le pregunté.

—Sobre teatro —me respondió y se alejó de pasos alegres y cantarines por los pasillos del West Georgia College.

Y yo me alejé de pasos pensativos abandonando el viejo edificio y me sumergí en los olores de los jardines del sur de los Estados Unidos, en las nubes de vapor que brotaban de la tierra, y me encontré en el mediodía de Francia mareado por el olor de la lavanda, deslumbrado por la luminosidad del paisaje, mi mente explotando en cantos de alegría camino al festival de Aviñón.

Camino al sur pisaba las huellas de Jean Vilar, que en mayo del 68 cerró las puertas del Palais de Chaillot para abandonar París rumbo a la ciudad papal y abrir sus calles, sus rincones, sus palacios, sus conventos a la vida entregándolos al teatro, a los saltimbanquis, a los juglares de los tiempos modernos, a los enanos, a los deformes, a los desarraigados vestidos de harapos, a monjas y prostitutas, al es-

perpento y al decasílabo, a la palabra que reina en el palacio y a la palabra que cobra vida y se renueva en los suburbios, al gran señor y al rajadiablos, a los naufragos de mundo que viajan por la tierra tras sus sueños, tras una nueva historia.

En la *place de l'horloge*, donde un reloj marca la eternidad de un segundo, frente al palacio de verano de los Papas, sobre un camión, una figura conocida, un actor, un amigo, un clown tocando un tambor llamaba a asistir a una función al aire libre, Jean Marie Binoche.

Esa noche, humilde discípulo, fui a la función a encontrarme con Jean Baptiste Poquelin en una calle polvorienta y mal iluminada, aquel escenario del que nunca debí haber salido.

Así comencé mi charla.

Al terminarla, me acerqué al borde del proscenio, apagué las candilejas y regresé a enamorar a la primera, la escurridiza, la infiel, la que da sentido a mi vida, la que me llevará de la mano a la muerte, mi amante: la palabra.

Hoy, hoy continuó el diálogo jamás interrumpido, quizás olvidado, quizás incomprendido, un diálogo a la distancia con aquellos a quienes quiero tener tan cerca, un diálogo en que escucho, no las preguntas, las respuestas a mis inquietudes.

Solo frente a la inmensidad, al igual que al comienzo, entre verso y cuento, entre un diálogo y otro, entre mi camión, Sancho, compañero de aventuras y mi locura heredada de mi padre, heredada de los libros de mi infancia, comencé una nueva/vieja escritura, un nuevo/viejo diálogo, *Fragmentos*, una conversación entre el autor y sus lectores,

el autor en su cama
 los ojos grandes abiertos
 la mente grande abierta
 viendo desfilan al mundo
 solitario
 solitario en medio de la multitud
 conversando con el aire
 con el viento salvaje
 con el canto de los pájaros
 con la lluvia eterna
 con el amor
 con el odio las noches de pesadillas

conversando con personajes que cobran vida
en sus sueños
en memorias inexistentes
borradas por el paso del tiempo
aquellas que cobran vida
en la mente del lector
con personajes
aquellos que al amanecer nos abandonarán.

Y si narro todo esto es porque un amigo, miembro de la Academia Norteamericana de la Lengua Española me preguntó, ¿conoces a alguien que te conozca bien y te pueda hacer una entrevista?

Hoy desde estas páginas, frente a ustedes, una vez más me encuentro desnudo en un escenario vacío, respondiendo a preguntas que nunca me hicieron y sin embargo viven,

viven en mis recuerdos
viven en mi imaginación
y alimentan mis escritos
por los sueños de los sueños,
Amén.



En su hogar, 2017 (Foto: cortesía del autor)